

Introducción

Arturo Oropeza García *

I. ¿En dónde estamos?

En México el siglo XXI no ha iniciado. Sus atrasos, sus vicios, pero sobre todo sus mitos no renovados, lo mantienen anclado en un tiempo de no progreso en perjuicio de su desarrollo, de la calidad de vida en la que habita y de su futuro.

La mayoría de su clase política, carente de la sensibilidad para entender el tiempo que enfrenta y ávida de bienes y riquezas ilícitas, ha evitado que el país se introduzca con éxito en la ruta de un siglo de difícil diagnóstico que no está resultando fácil para ningún país del mundo.

En la siempre difícil evaluación de un diagnóstico objetivo, la visión de lo optimista o lo pesimista desaparece ante la seriedad de lo que se vive; pero sobre todo de lo que se adivina que viene a través de las señales cotidianas del quebranto, las cuales no dejan espacio para permanecer más tiempo en el debate eufemístico de qué tan mal o que tan bien está el país, dando solo lugar a

* Doctor en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Es Investigador Nacional del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Árbitro de Solución de Controversias por parte de Brasil, dentro del mecanismo del Mercosur.

la toma de conciencia que pueda evitar el colapso, cualesquiera que sea su naturaleza, ya sea política, económica o social o todas ellas juntas, ya que la omisión ha dado lugar a la acumulación de un desgaste que amenaza desbordarse por todos sus lados.

El colapso que ya se adelantó en términos de vida, seguridad, economía o la protección social de millones de mexicanos, además de ser una prueba clara de la difícil situación por la que atraviesa el país, sirve también de fundamento ético para condenar tanto al argumento del diferimiento, como la falta de compromiso de las voces que a través de un falso optimismo sobre la situación que guarda la nación, retrasan o evitan la toma de definiciones que apunten a la solución de fondo del problema, ya sea para evitar más derramamiento de sangre, pérdida de vidas, falta de crecimiento económico o aumento de la desigualdad.

¿En dónde estamos? Salvo para el 5% o 10% del país, la situación de inseguridad y quebranto económico provocan un profundo sentimiento de insatisfacción.

Las diferentes encuestas o mediciones de la mayoría de los rubros muestran a un país dolido, cansado de esperar. Que ve su retrato nacional todos los días en la página de las ocho columnas de los periódicos y en las emisiones de los noticieros y no le gusta lo que ve y en no pocas ocasiones le aterra.

Que observa impactado una realidad que ahora le cuesta trabajo saber cuándo inicio y de qué manera se fue acumulando, pero sobre todo, que no sabe cómo solucionar ni cuándo va a acabar.

Que en el terreno político, sus avances progresivos de finales de siglo fueron burlados por una clase política multipartidista que falló en su compromiso histórico de transformar la alternativa del país en un relanzamiento de un proyecto nacional con visión de futuro, la cual aprovechara la conducción política para dotar de sentido a una sociedad milenaria que se sostiene en los méritos de su pasado, pero que se quiebra en el fracaso de la administración de su presente y se hunde ante los signos de su futuro.

La crisis política, ensimismada en su corrupción y ausencia de proyecto de largo plazo, ha provocado un relajamiento generalizado de todos los actores integrantes del Estado, poniendo en riesgo la realidad del mismo a través del avance gradual de un Estado Fallido que ya se evidencia en múltiples municipios, estados y regiones del país.

Encerrada dentro de las rejas de su privilegio, la clase política se perpetúa en un presente que le es propicio, olvidando su compromiso histórico y su función principal de ser motor del cambio y del futuro del país. Su comportamiento se ha convertido en el principal obstáculo para el desarrollo y el progreso. Sin embargo, a pesar de ello de la política tendrá que salir la solución de futuro que demanda una apremiante realidad

No solo lo concupiscente explica el fracaso de la acción política. Su fidelidad a los mitos políticos del siglo pasado y su olvido de la naturaleza humana la han llevado a la promoción y a la defensa de instituciones débiles sin eficacia, onerosas para la vida nacional, que una y otra vez son burladas por un *Zoon Politikón* y un Homo Rapiens (Gray) que se ha apoderado de una oferta política que no se atreve a la revisión de sus mitos.

A más estructura más poder y puestos a repartir. A más autonomía política más privilegios y presupuesto sin compromisos. El institucionalismo geométrico como la propuesta de solución principal de un dogma político que se aprendió en el siglo pasado y del cual se niega su revisión estructural a pesar de la falta de resultados, no solo en la vida política, sino también en el no crecimiento económico y el desgaste social. A la inoperancia institucional se le ha impuesto más institucionalidad y si no funciona la política peor para ella.

Los mitos políticos del siglo pasado fueron heredados a su vez de creencias que se transformaron a fuerza de realidad. La nueva institucionalidad política con toda su fuerza y dignidad, en su exuberancia se olvidó que nacía de y para una humanidad imperfecta que requiere que sus nuevos dogmas la eleven sin olvidar su naturaleza primigenia. Que la mejora humana no es acumulativa y por el contrario, se pierde con facilidad. "... la vida humana- opina Gray- puede volverse más salvaje e irracional incluso al tiempo que se aceleran los avances científicos".¹

La fascinación por el dogma político, escalable al infinito, intocable. Su divorcio con la realidad del objeto de su creación que es la naturaleza humana, preñados ambos de una corrupción sistémica, tienen secuestrada a la solución política del siglo XXI, causando un enorme daño a la vida nacional.

La vida económica del país, en su propio laberinto, rinde también culto a su mito del siglo XX, al Mercado, al cual lo designó como hacedor de su destino y que al igual que la mitología política le niega la oportunidad del ejercicio de su revisión, no obstante el fracaso económico de la nación por más de 30 años.

La relatoría numérica de la insatisfacción económica nos desborda por todas partes. Su fracaso colectivo es axiomático. A veces nos remiten al consuelo comparativo de lo que está peor, omitiendo la referencia con economías similares que en las mismas tres décadas, como las naciones asiáticas, que usando otras estrategias, han convertido su trabajo económico en un éxito social irrefutable.

Al igual que la política, si el dogma económico no da los resultados requeridos, peor para la economía. La estrategia económica derivada del mito

¹ Jhon Gray, *Contra el progreso y otras ilusiones*, Paidós, 2016, p. 14

no es revisable, a pesar de que los paradigmas y el desarrollo de un nuevo siglo impelen al análisis integral de un proyecto económico del país que le permita abatir sus rezagos y lo potencien hacia el crecimiento económico de mediados del siglo XXI, el cual estará monopolizado por el sector de los servicios de la ciencia y la tecnología.

Cuando otros países con pies más ligeros y fundamentalismos menos ortodoxos, de manera pragmática se enfilan a las primeras posiciones del desarrollo, conscientes de la atipicidad del crecimiento económico de una nueva época, la responsabilidad económica y política de país se niegan, por dogma y corrupción, a arriesgar cambios más audaces acordes a una renovada manera de generar riqueza, desarrollo e igualdad.

La corrupción económica se hermana con la política y la defensa de la no revisión de ambas a través del anclaje en dogmas rebasados, evitan que el país pueda trabajar en los bártulos de su porvenir, congelado en un presente inagotable de miedo e insatisfacción.

Las reformas políticas y económicas implementadas hasta el día de hoy, como se demuestra fehacientemente a través de todos los signos y estadísticas disponibles, no han podido ser la solución integral que el país necesita para salir del atraso. Al contrario, muchas de ellas son causa y obstáculo para salir del mismo.

En este largo debate entre presente y futuro, entre lo que funciona y no funciona, el catastrofismo no resulta un buen punto de partida. Existen activos históricos, políticos, económicos y sociales que bien pueden ser utilizados en el relanzamiento de un proyecto nacional. Sin embargo, tampoco resulta útil la relatoría de la defensa del interés o del dogma enarbolado por los actores relevantes establecidos, ya que evitan el desarrollo nacional con enorme irresponsabilidad y cinismo.

Por otro lado, el tiempo del debate se acaba, porque después de más de 30 años de no aprovechar los activos del desarrollo nacional, junto con el tiempo se han agotado la paciencia y las plusvalías que han sostenido esta larga etapa del no desarrollo y corrupción.

La irritación social derivada de los altos niveles de pobreza, y transformada en quebranto civilizatorio y delincuencia multiplicada, dificultan cada vez más la puesta en marcha de una estrategia atinada cuyos resultados no serán fáciles ni rápidos. La duda, la incapacidad, la solución parcial del problema tampoco ya serán operables, su tiempo ha pasado y solo una solución integral podrá evitar un caos político, económico o social que dejaría al país muy lastimado y carente de una opción real de futuro.

De ahí la enorme importancia de la corrección del rumbo del país.

II. Los retos del entorno

El panorama internacional, en su propia naturaleza, no es mejor, y vive las convulsiones propias de la reestructuración del poder de un nuevo siglo, con el agravante inédito de una sobrevivencia amenazada por el factor climático y una población que se acercará a los 10 mil millones de personas en las próximas tres décadas.

A lo largo de la primera mitad de estos 100 años, Estados Unidos, por ejemplo, dejará de ser la mayor potencia económica y Occidente, entendiendo como la suma de la Unión Europea y la nación norteamericana, darán paso a una era del Pacífico encabezada por China, seguida por las naciones de Asia del Este, lo cual reestructurará las líneas de la geopolítica, la economía y el comercio del nuevo siglo, obligando a todos los países a una toma de posiciones de acuerdo a un choque de actores relevantes y de civilizaciones que cambiará la geografía del orden global establecido.

El agotamiento de materias primas como el petróleo, el agua, alimentos, etc. obligará también a la supervivencia nacional mientras un mundo globalizado acaba de aprender a administrar el patio global y los recursos de todos. El petróleo y el gas, por ejemplo, desde inicios del siglo viven una guerra de baja intensidad en Asia Menor que mantiene enfrentados a la mayoría de los actores relevantes del presente milenio en una confrontación por la toma de los recursos energéticos convencionales que se agotarán antes de cuatro décadas.

Los *nuevos* nacionalismos (Brexit, Trump, Le Pen, etc.) surgirán como una respuesta a los efectos de una globalización injusta e inacabada que no se ha sabido administrar por la comunidad internacional, en un debate no fácil de solucionar entre lo global y lo nacional. Los efectos de este aún largo desajuste impactarán de manera directa en el crecimiento de la economía de las naciones tanto desarrolladas como en vías de serlo. La lucha por el desarrollo nacional no tendrá reposo en el marco de una competencia mundial por generar crecimiento y empleo a una población mundial cada vez más demandante.

El tema tecnológico, en su expresión negativa de la sustitución tecnológica que tenderá a remplazar al ser humano en toda actividad industrial para mediados de siglo, provocará una lucha por los trabajos del mundo de difícil manejo y pronóstico.

No bastará entonces que el país pueda resolver únicamente su descuido histórico en lo económico y lo político. Junto con ello tendrá que actualizar rápidamente una agenda de temas futuros que empaten con una dinámica internacional en la que los más adelantados llevan muchas décadas de ventaja en la construcción de salidas a los temas del porvenir.

La nación tendrá entonces que *inaugurar ya* su quehacer político y económico en el siglo **XXI**, con la sensibilidad y reclamos que una nueva época global demanda, o correr el riesgo de que las mejoras locales por mejor implementadas que sean, queden sepultadas por el escombros global.

III. La Responsabilidad del Porvenir

El progreso, la idea de un mañana mejor que es consustancial al ser humano, nace con él, es creada por él, y a pesar de la renovación de sus mitos, siempre lo ha acompañado como parte de la solución de una realidad que desde el hombre primitivo no ha sido fácil. Por ello, el progreso y con él la posibilidad de un mejor porvenir, solo se extinguirán cuando la vida del ser humano termine.

El ser humano, el autor tanto de la actividad como de la dogmática del progreso, será el único que pueda detener, retrasar o acabar con su existencia.

El siglo **XXI** por otro lado no se caracterizará por ser un tiempo fácil. Por el contrario, cada país en su entorno y la sociedad global en su conjunto tendrán que realizar esfuerzos inéditos y desarrollar nuevas habilidades para concluir el periodo con posibilidades de futuro.

Por ello, en el caso de México, trabajar únicamente en la solución del presente imperfecto desde un punto de vista político y económico no basta. Aun partiendo de la base de contar con una voluntad y un proyecto político que se enfoquen en estos dos grandes pendientes, la sustentabilidad de la nación requiere de un nuevo Proyecto Nacional, de un nuevo Relato de País que atienda a la recuperación de lo ontológico.

Es necesario, junto con lo operativo, reiniciar la reconstrucción del tejido de una identidad que se fue deteriorando a base de carencias y corrupción; una identidad que devuelva a los mexicanos su sentido de pertenencia y de nación; que recupere la credibilidad en el país y en un futuro mejor; una propuesta que parta de nuevos valores republicanos acordes a un tiempo y a una época diferentes. Que vuelva a creer en la importancia del país y en la oportunidad de colaborar con él para la construcción de un futuro que valga la pena.

Si no se recupera lo mexicano en su dimensión ontológica, dotándolo de un nuevo relato nacional acorde a un proceso civilizatorio progresivo, los intentos de solución política y económica no alcanzarán para levantar de manera sustentable el desarrollo nacional.

Dentro de esta nueva relatoría, la corrupción tendrá que renunciar como condición ineludible a su voracidad y a su señorío y la política tendrá que hacer

un alto en su desenfrenada carrera de destrucción del edificio nacional. De igual modo la autocontención social tendrá de nuevo que recuperarse por medio del convencimiento de una nueva nación comprometida con la práctica de una ética republicana y con el progreso de sus habitantes.

En la recuperación de lo esencial, del andamiaje del ser nacional, de su sentido de vida y de su destino; de la renovación de lo que resistirá ante los duros embates de los años por venir, tendrá que tejerse la nueva ruta política, económica y social del país a través de la reconstrucción de sus mitos; de la oferta de una propuesta audaz que se atreva a transitar y ganar en un marco nacional y global que no serán complacientes en ningún momento.

El futuro, lo que está por venir, y la recuperación de la idea del progreso como el puente y la evidencia para lograrlo, también deberá ser una asignatura no reemplazable del quehacer del país, tanto para abandonar la carrera del presente eterno, como para estar mejor preparados para administrar lo que viene.

De manera importante habrá que recuperar el mito del progreso bajo una visión moderna y comprometida, a fin de reemplazar a la tragedia como destino manifiesto. El progreso y sus mitos deberán substituir a la endeble idea de la sobrevivencia. El progreso con toda su carga histórica seguirá siendo una mejor opción frente a la relatoría imperante de una estadística de miedo y muerte.

IV. El futuro, una responsabilidad de todos

La responsabilidad del porvenir no es tan solo un tema de gobierno y de partidos. Es un tema de Estado que compromete a todos por igual con la idea de la construcción de un futuro mejor.

El tema pasa por la construcción de una teoría de la responsabilidad pública y privada respecto de una nueva ética sobre el futuro; por la preocupación de que la ausencia del tema del porvenir en la agenda nacional no puede omitirse por más tiempo. Apunta Innerarity que “No está previsto como debemos anticiparnos a los riesgos futuros, pero la necesidad de regular, anticipar y corregir es una exigencia que la actual configuración del mundo nos dirige perentoriamente”²

Al respecto, en el año de 2011, a convocatoria del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIJ, UNAM) y del Instituto para el Desarrollo Industrial y Crecimiento Económico (IDIC), un

² Innerarity, 2009, p. 125.

grupo de académicos de diversas instituciones nacionales, preocupados por la situación del país, decidieron realizar un análisis integral del mismo, no solo por la insatisfacción con los resultados del presente, sino también por la ausencia del tema del futuro dentro de la agenda nacional.

El estudio titulado como La Responsabilidad del Porvenir se presentó en 2012 a través de la publicación de las investigaciones realizadas sobre los temas político, económico, social e internacional, los cuales incluían tanto puntos de reflexión como de propuesta para contribuir a la elaboración de un proyecto nacional.

A 2016 lamentablemente la realidad política, económica y social no solo no ha mejorado, sino que se ha visto agravada en algunos rubros y la preocupación de escalamiento de los resultados negativos a futuro es mayor. A pesar de ello o con base a ello, el país no puede renunciar a la idea de progreso o de un futuro mejor.

En tal virtud, la mayoría de los especialistas que intervinieron en la elaboración del proyecto de la Responsabilidad del Porvenir (2012), decidieron realizar un nuevo esfuerzo académico e integrar una valoración sobre lo realizado a 2016, a fin de llamar la atención sobre las asignaturas pendientes, así como insistir en su rezago sobre un proyecto que resuelva de manera eficaz la problemática del presente e inicie la inclusión y valoración de los temas del futuro de las próximas décadas.

Los rubros tocados por los diversos especialistas, a quienes agradecemos su valiosa aportación y compromiso con el presente proyecto, con toda su importancia, no cubren la totalidad de la problemática del país en razón de su dimensión y profundidad. Sin embargo, la relevancia del presente libro y las investigaciones que contiene, consiste en insistir sobre las carencias de un presente que sigue en deuda con la mayoría de los mexicanos, así como la de denunciar la falta de una responsabilidad pública y privada sobre los temas del porvenir, como una condición ineludible de sustentabilidad nacional.

Esperamos que esta segunda parte de la Responsabilidad del Porvenir (2016), junto con su primera aparición en 2012, en el marco de su extensión y naturaleza, sean de utilidad en la tarea de construir un futuro mejor para México

Verano, 2016.